

en esa "maraña de símbolos" llamada naturaleza (Baudelaire). Al fin y al cabo, la literatura no es otra cosa que un juego, una forma lúdica de reconocer, aunque sea con ojos "de espanto" (Aurelio Arturo), esos otros mundos que todos intuimos y que los horizontes nos vedan.

Por lo demás, *La rana sin dientes* está construida con palabras llanas, y —a pesar de las maravillas que encierra— no encontramos en ella enfatizaciones caprichosas ni las ostentaciones de lenguaje que suelen aparecer en los textos de literatura infantil.

Al leer una historia como ésta, reconfirmamos una convicción: la literatura es una sola: la literatura —sea infantil, juvenil o como la llamemos— debe resistir la mirada de lectores de todas las edades, gustos y conocimiento.

ANTONIO SILVERA ARENAS

Circo en tren

Un tren de hielo y fuego.

Mano Negra en Colombia

Primera edición (traducción del francés¹

por Santiago Gamboa

Ramón Chao

El Europeo & La Tripulación, Madrid,

1994, 178 págs.

Un tren de hielo y fuego. Mano Negra en Colombia ¿De qué puede tratarse un libro con un título tan extrañamente sugestivo? Lo primero que más de uno intuirá es violencia; otro volumen más de la trillada violencia en Colombia. Pero se trata sólo de una crónica de viaje por Colombia en 1992 o diario de a bordo del Expreso del Hielo, aventura cultural que, de alguna manera, se inspiró en la obra de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad*; signo de ello es que se habla en todas las estaciones del regreso de Melquíades y sus gitanos y, también, de las mariposas amarillas que adornan la locomotora.

La máquina partió tripulada por el deseo y orientada por los sueños de 99

expedicionarios y un pasajero clandestino que, una vez descubierto, los acompañó largo rato para completar los cien cupos disponibles ocupados por el grupo de *rock* francés Mano Negra, periodistas de la cadena Caracol y Radio Francia Internacional; profesionales del cine, el teatro, el circo, músicos del grupo French's Lovers, poetas y periodistas de medios escritos —por Colombia El Espectador—, payasos, saltimbanquis, técnicos en iluminación y sonido, soldados, teatreros, vagos, dementes que tienen la libertad por oficio, tatuados, trapevistas, cuatro maquinistas —testigos anónimos de largas fiestas—, el grupo de títeres colombiano La Libélula Dorada, brasileños bailarines de *capoeira carioca* —danza que es un ritual de defensa personal—, uruguayos y un español, el autor del libro². Toda una parafernalia creada por el propósito común de toda una gama de personajes, ocupantes del tren.



Motivo del viaje era tomar contacto con una realidad aparte. A lado y lado de la carrilera se empezaron a asomar rostros de colombianos asombrados; el interés era atraer la mayor cantidad posible de representantes de los estamentos populares de la nación: indígenas, trabajadores, amas de casa, niños y niñas, gente en general a la cual se quiso llegar con un espectáculo circense que se presentaba de noche para acentuar su magia. Centenares de personas llegaban a las estaciones con sus mejores ropas, como ya es ritual en Colom-

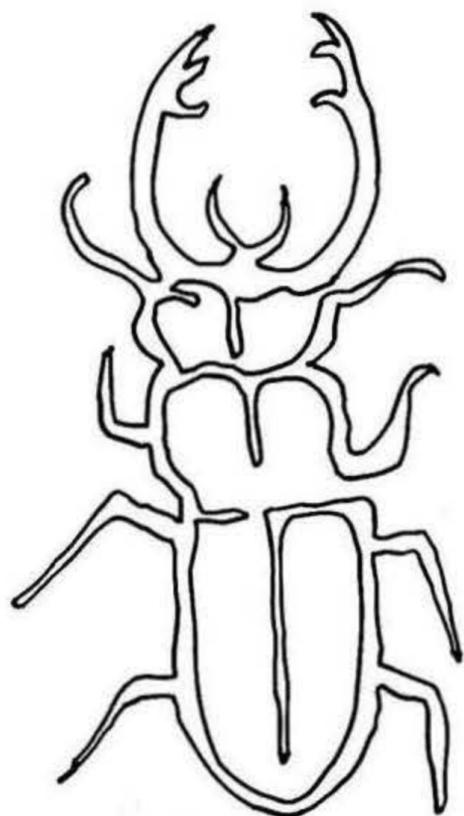
bia. Tomaron la antigua y extinta ruta del Expreso del Sol: Bogotá-Santa Marta-Bogotá.

Es una lástima que una foránea visión de nuestro territorio tenga que referirse, en forma reiterada, al fantasma de la violencia que no nos permite vivir en paz; pero mucho de lo que se lee en el escrito es evidente, y en tal sentido se puede entender como una denuncia histórica. A lo mejor se cuestionarán las apreciaciones del autor sobre nosotros: que somos más malos que los otros países del mundo, que Pablo Escobar era el sexto hombre más rico de la Tierra, que pasábamos por ser los más violentos sin siquiera poseer una ojiva de esas que abundan para otros en sus bases de todo el planeta. A lo mejor dirán que todo lo anterior eran hipérboles, o si no: ¿cómo podrá explicar el autor que, en un país tan violento, pudo recorrer más de mil kilómetros en un tren destartado, sin protección y con 70 ciudadanos extranjeros a bordo, "entre los que se cuenta un número importante de periodistas"? (pág. 15)

Como crónica de viaje presenta las observaciones desprevenidas de momentos, gentes, paisajes y situaciones; el autor es un cronista que puede ser leído como testigo de excepción en un momento histórico difícil para Colombia; confluyen a su paso los actores de la violencia, que en ocasiones se presentan como víctimas sumergidas en una espiral de lo irracional. Soslayando un poco estas sendas negativas, encontramos también que ésta es una crónica de sueños y afectos; un viaje en tren a 15 kilómetros por hora, en vagones con ventanas sin vidrios, permite una percepción mejor del clima tropical y sus olores embriagantes y, también, la convivencia con zancudos y con las mariposas amarillas de Macondo y otras de otros colores y lugares; el viajero observador se deleita con los cuadros de vegetación lujuriosa que sirven de piel a nuestro suelo, saboreando en cámara lenta paisajes y seres. Europeos acostumbrados al T.G.V. (tren de alta velocidad) que une a París con Marsella en cuatro horas y media, encuentran que en Colombia el tren tiene una simbología diferente: es un vehículo para almas románticas y

sueños, sin importar cuándo ni cómo se va a arribar.

El Expreso del Hielo levantó muchas esperanzas de paz y por la restauración del transporte ferroviario. La aventura de este viaje permite recuperar un poco y reflexionar sobre este importante medio de transporte; las naciones más desarrolladas industrialmente se mueven sobre rieles, mientras vemos como en Colombia se sacrifica una amplia estructura ferroviaria por los intereses de los monopolios. Qué bueno sería ver pasar de nuevo las locomotoras nacionales, transportando la producción nacional en vagones atestados de riquezas de nuestro suelo, mientras se saborea un viudo de capaz frente al paso elevado de Flandes. Al llegar el Expreso del Hielo a su última estación, más que llegar a un objetivo, lo que hizo fue abrir de nuevo un camino cerrado por las contradicciones de equivocadas estrategias para enfrentar el progreso. El transporte férreo es un medio de comunicación universal que involucra sus estaciones con sus gentes y sus historias. Con la llegada del tren, el pueblo siente que no se han olvidado de él.



Cuarenta y cinco días duró la empresa, definida por algunos como una experiencia única, característica de los viajes que tienen trascendencia para el hombre. Con seguridad que muchos años después, cuando los niños que maravilló sean ancianos, contarán a sus nietos que un día fueron a ver el hielo

gracias a unos gitanos que lo traían de tierras remotas; estas son experiencias que, como un espejismo, quedan por siempre en la memoria de todos los que la vivieron.

Al final del libro se presenta una abundante bibliografía en español y en francés. La edición apeló a un buen material fotográfico que, en páginas centrales, ilustra aspectos de un viaje constituido en prueba de que el tren puede llevar felicidad a muchas regiones de Colombia y, algo también importante, que mientras los fundamentos políticos, étnicos o religiosos de las personas se encuentren, la cultura tiene el poder de la transformación. Concluida la fantasía, queda pendiente la realidad del tren.

HERNÁN ADOLFO GALÁN CASANOVA

¹ Ramón Chao, *Un train de glace et de feu. La Mano Negra en Colombie*, Paris, Editions de la différence, 1994, 262 págs.

² Ramón Chao: Escritor español, crítico literario del diario Le Monde y jefe de las emisiones en español de Radio Francia Internacional. Sus libros más destacados son:

- *Después de Franco, España* (Madrid, Felmar, 1976).
- *El lago de Como*, novela (Argos-Vergara, 1982).
- *Palabras en el tiempo. Conversaciones con Alejo Carpentier* (Argos-Vergara, 1984).
- *La maison des lauriers-roses*, novela (Christian Bourgois, 1987).
- *Un posible Onetti* (Barcelona, Ronsel, 1994).

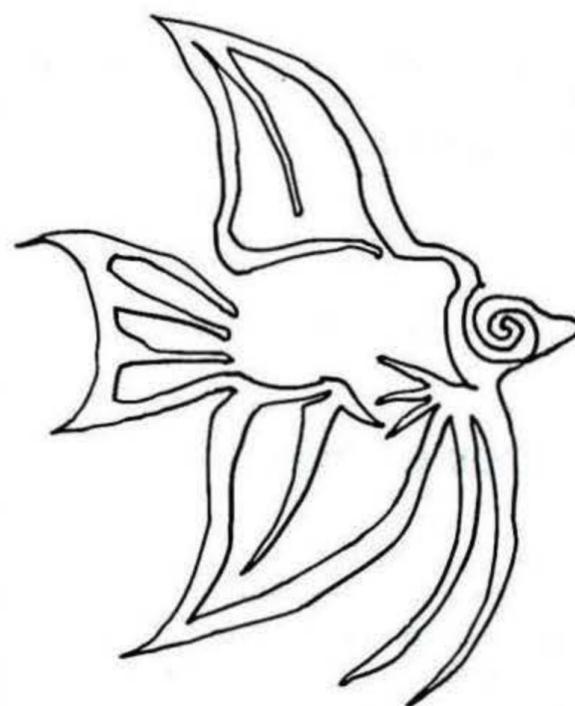
El hombre que sólo sabía hacer versos

Todo nos llega tarde.
Biografía del poeta colombiano
Julio Flórez

Gloria Serpa-Flórez de Kolbe
Planeta, Santafé de Bogotá, 1994,
355 págs.

Se trata de hacer la biografía de un poeta. Es claro que los poetas, como el resto de los mortales, *viven*, es decir, nacen, se crían, se educan (en lo posible),

trabajan (incluso si ese trabajo es literario), tienen amigos, se cartean, comen, viajan, ocupan una residencia, opinan, aman, mueren, etc... Esto es, también, como otros tantos mortales, producen actos —hechos— y los padecen. Así también los hombres públicos, los pintores, los médicos, los sastres de la corte o el antepasado de una familia. Y alguien, un día, decide escribirles su biografía. Entonces acoge aquí y allá información sobre los distintos actos que el hombre “produjo” o padeció, los ordena en el tiempo y, con esos datos fragmentarios (nadie puede recordar ni de cerca la totalidad de su vida), elabora la biografía.



Pero toda biografía tiene su historia. El ejemplo tradicional —el de biógrafos eminentes, como Emil Ludwig o Giovanni Papini— es la biografía del “gran hombre”, del “genio”, que por sí sola está justificada si se es capaz de decir cosas antes no dichas o sabidas. Pero también se escriben biografías de héroes locales (de un país, de una ciudad, de un departamento), biografías de familiares —un bisabuelo o tatarabuelo que tuvo su prestancia en una época determinada— y biografías de fundadores, iniciadores o promotores de una empresa, una institución, una comunidad, una obra colectiva. Es decir, de alguna manera la biografía es un género épico, pues atañe al preconcepto de la importancia colectiva del biografiado, no importa el tipo de colectividad que supuestamente comparta ese criterio.